

habérselas con un adversario muy fuerte en la izquierda de las primeras Cámaras de la República, en que dominó Gambetta (1838-1882). Los discursos impresos como suyos después de su muerte, fueron rehechos por otros, en cuanto á leerle en el *Officiel* es trabajo casi imposible. Este fogoso meridional, casi italiano, fué vigoroso y atrevido, siendo así que en su correspondencia íntima se muestra tierno y delicado y muy mesurado en su ideal político. Busto de tribuno, cabeza echada hacia atrás, largos cabellos, voz al principio bien timbrada pero que no tardó en hacerse bronca, y ademán amplio: producía un efecto soberbio. Rara vez podía responderse en el acto. Verdadero hombre de Estado, era prudente é inteligente. Creíase que llegado el momento de la reflexión, iba á descubrirse el lado flaco de su ingenio en aquella ola turbia é irregular de palabras incorrectas. No costaba trabajo echar de ver todo lo que se desprendía de razonable, serio y prudente en medio de sus arengas. « Soy fuerte, dijo al terminar el discurso de Romans, soy invulnerable, porque soy libre y pacífico. » Y puede agregarse, porque su corazón era bueno y estaba abierto á todo lo que era francés. Soñaba con establecer en Francia una república « ateniense ». Á muchos hizo sonreír esta palabra, tanto peor para ellos.

Quando murió Gambetta, su amigo y discípulo Paul Bert (1833-1886), aunque no hubiera dicho en toda su vida más que el sencillo y conmovedor adiós pronunciado por él al final de sus grandiosos funerales, merecería figurar entre los oradores de su tiempo.

Gambetta tenía aún en torno suyo y dejaba en las Cámaras ó en el poder á Challemel-Lacour, á Waldeck-Rousseau, á J. Ferry, á Goblet, á Brisson, á de Freycinet, á Méline y á otros, la mayor parte colaboradores suyos en 1870 ó jóvenes que él había descubierto.

Challemel-Lacour (1827-1896) fué el más académico de esa pléyade; Waldeck-Rousseau (1846-1906), sin rival en el foro, ministro á los treinta y cuatro años, y vuelto al poder pocos años antes de morir agotado, hablaba con menos grandeza, pero con firmeza y nitidez, y Goblet, con precisión y facilidad.

En cuanto á Jules Ferry, el mayor de los herederos del maestro, fué superior á él por la ciencia y la dicción y, si no fué tan potente, le igualó por el calor de sus convicciones y la lealtad y la amplitud de su ideal. De Freycinet y Méline, separados por la batalla política y tratados de modo diferente, dejarán modelos de una elocuencia fina y seductora.

Entre los oradores de la nueva generación aparecida en las Cámaras hacia 1885, hay que colocar á Clemenceau, aunque su iniciación en la política data de 1871, y aunque su habilidad de orador y de parlamentario hizo caer sucesivamente del poder á Gambetta, á Ferry y á Brisson. Fuese médico, periodista, novelista, autor dramático ó *leader* de

un partido, siempre se echó de ver su existencia cuando estaba en la oposición, y después, al cambiar la situación, nada ha hecho olvidar la diversidad de sus recursos intelectuales.

Los hombres que han figurado en los últimos años del siglo XIX entre los hombres de la derecha y del centro, además de los dichos, son los del Sr. de Mun, nuevo Montalembert de teorías generosas y soberbia oratoria; del Sr. Ribot, sabio y elocuente jefe del partido republicano, de Paul Deschanel, á quien su brillante y literaria elocuencia y su urbanidad elevaron á los cuarenta y dos años á la presidencia de la Cámara de diputados.

Á la izquierda se distinguieron los Sres. Bourgeois y Poincaré, el primero más caluroso y entusiasta, el segundo más sobrio y sólido. Luís Barthou tiene una elocuencia mordaz.

En la extrema izquierda figuran los Sres. Millerand y Jaurès á los que será difícil sobrepujar, al primero en claridad y energía y al segundo en lo patético.

Suspendemos aquí esta revista de oradores parlamentarios al empezar 1900, que no cierra una época política, ni marca una evolución literaria. Bástenos haber demostrado que decir ahora: « todo depende del pueblo y el pueblo depende de la palabra », es afirmar que el pueblo no debe depender en adelante sino de la competencia y de la veracidad de sus intérpretes y que su sabiduría debe consistir en escoger á los mejores.

Al nombrar á los grandes oradores políticos del siglo, hemos citado á la mayor parte de los abogados y á algunos de los más eminentes profesores ó conferencistas. Réstame indicar algunos que no se han mezclado al mismo tiempo en la política.

En el foro, bajo la Restauración, los que empezaban la carrera pudieron escuchar á Delamalle (1752-1834), antiguo abogado en el Parlamento de París, de oratoria sabia y pesada. Representaba la tradición.

Ya he nombrado á Dufaure, á Berryer, á Thiers y á Odilon Barrot. Réstame citar á Dupin el mayor, á Mauguin y á Chaix-d'Est-Ange.

El primero (1783-1865) tomó parte en los grandes procesos del Terror blanco. Todavía echó mano de los procedimientos clásicos y dogmáticos. Era sobre todo un jurista. Pero era también hombre de ingenio y se conserva más su recuerdo como tal.

Berryer, en el asunto llamado de los « flétris » de Belgrave square, hizo saltar en su banco de tormento, á uno de los ministros de Luis Felipe, y el presidente Dupin, agitando ruidosamente su campanilla,

dijo con tono severo: « Si persistís en ese tono, me veré obligado á llamaros al orden. »

Después añadió por lo bajo: « ¡ Pega! ¡ Estás inspirado! » En una comida en que se hacían esperar dos invitados, el dueño de la casa preguntó á Dupin, si no creía que debía hacer servir la comida. « Soy de ese parecer, dijo el presidente, con tanta más razón, cuanto que mientras comemos los aguardaremos, en tanto que si los aguardamos, no comemos. » Cuando Thiers fué ministro en 1849, hubo entre Dupin y este hombre de Estado una ligera borrasca que dió lugar á una lluvia de epigramas de que se hizo eco Alfonso Karr en las *Guépes*. Abraham Dubois leía en cierta ocasión un discurso que no parecía deber acabar nunca. Dupin le excitó á que pasase algunas páginas. Pero como el discurso seguía siendo muy largo, Dupin volvió á la carga diciendo á su amigo con gran seriedad: « Vamos, Abraham, un nuevo sacrificio. » La última frase parlamentaria de este escéptico la dirigió en el salón de conferencias el 2 de diciembre de 1851 á un grupo de diputados que habían logrado penetrar en el palacio Borbón: « Señores, les dijo, la Constitución ha sido violada; tenemos de nuestra parte el derecho, pero no somos los más fuertes. Os aconsejo la retirada. Por mi parte me marcho. »

Dupin prodigó de esta suerte toda su vida su malicia y su ironía sobre cuantos le rodeaban, los cuales, hay que confesarlo, le pagaron en la misma moneda.

Mauguin (1785-1854) construía perfectamente sus defensas, mezclando en ellas atrevimientos é ironías.

Chaix-d'Est-Ange (1800-1876), más académico que los precedentes, no era menos ingenioso. Los tres, después de 1830, se lanzaron á la política. El pobre Mauguin naufragó en malas especulaciones comerciales. Sus dos antiguos colegas hicieron brillante carrera oficial bajo Luis Felipe y Napoleón III. En el curso del siglo XIX, no hubo en el foro nombres más famosos, aunque no faltaron otros igualmente brillantes.

Á pesar del ejemplo, del éxito y hasta la gloria de Julio Favre, Grévy, Crémieux, Arago, Floquet, Ferry, Gambetta y Waldeck-Rousseau, hubo muchos, muy capaces de prestar servicios legislativos que permanecieron más fieles á su vocación primitiva. Para no citar sino á los más notorios, mencionaré á Lachaud (1818-1882), defensor decidido de la Sra. Lafarge, abogado lleno de abnegación de Bazaine, y siempre conmovedor; á Allou (1820-1888), tan fácilmente patético como disertor; á Rousse (1817-1906), de gran distinción moral, y de palabra muy elegante; á Barboux (nacido en 1834), experto en las causas financieras y lleno de ingenio en los procesos mundanos; á Pouillet, especialista en los asuntos de propiedad literaria ó artística, y á Demange (nacido en 1841), gran abogado de la *cour d'assises*.

La Enseñanza superior tiene también sus glorias oratorias á partir de Fontanes, que se contentó con un discreto barniz de elocuencia. También bajo la Restauración, y gracias á los opositoristas, logró la elocuencia profesoral la misma resonancia que la de la tribuna y del foro.

V. Cousin, suplente de Royer-Collard á los veintitrés años, en 1815, improvisaba entonces sus lecciones. « La juventud escuchaba con entusiasmo á aquel joven de mirada ardiente, de palabra inspirada, de gesto casi profético. » En 1828, fué llamado á la Escuela normal al mismo tiempo que Guizot lo era á la cátedra de la Sorbona y Villemain al Colegio de Francia.

No es fácil, ha dicho él mismo (Curso de 1828, prefacio de la segunda edición), formarse una idea del noble ardor que inflamaba entonces al genio francés, en las letras y en las artes lo mismo que en la política. El espíritu público hacia de las cátedras del Sr. Guizot, del Sr. Villemain y de la mía, verdaderas tribunas. Desde los grandes días de la escolástica, desde los siglos doce y trece, no había habido ejemplo de semejantes auditorios en el barrio latino. Agolpábanse en la gran sala de la Sorbona, de dos á tres mil personas de todas edades y condiciones. Aquella multitud inmensa obraba de un modo inevitable sobre el profesor, y animaba, elevaba ó precipitaba su palabra. Agréguese, que inmediatamente después de pronunciada, cada lección estenografiada y apenas revisada salía á luz, se difundía de un extremo á otro de Francia y se convertía en la prensa en asunto de ardiente polémica.

Había entre ellos, y también entre cada uno de ellos y su papel, singular armonía. Ya sabemos cuanta era la grave dignidad de Guizot. V. Cousin y Villemain tenían también hermosa voz y hermoso ademán, y los tres se formaron de su misión un concepto enteramente favorable á la elocuencia: por medio de la crítica oratoria, de la historia oratoria y de la filosofía oratoria, pusieron la enseñanza en comunicación con el mundo (Brunetière) y contribuyeron á la formación del romanticismo. Pero no sería justo asimilar á Guizot á sus dos colegas, brillantes retóricos. La Universidad debe más á Cousin ministro que á Cousin filósofo y Villemain¹ fué más bien un provocador que un formador de ingenios.

En lo sucesivo las Facultades, la Escuela normal y el Colegio de Francia hicieron un trabajo útil con Patin, Saint-Marc Girardin, Phi-

1. Villemain trató en su cátedra de la literatura española pero del modo más deplorable y con imperdonable ligereza; Menéndez Pelayo: *Historia de las ideas estéticas*, tomo VI, señala sus numerosos dislates. (N. del T.)

arête Chasles, Faugère, Gilbert, Bordas-Demoulin, Gidel. Ozanam que ejerció tan grande acción sobre las almas religiosas, Ch. Lenormand, á pesar de algunas dificultades con su juvenil auditorio, y Quinet y Michelet que vieron momentáneamente reproducirse en favor de su enseñanza anticlerical y mística el entusiasmo público de la época de los triunviro; y más tarde Taine, Renan y Littré continuaron durante todo el siglo, hasta Caro, Larroumet, Brunetière, Aulard, Lavissey y Faguet la gran tradición de enseñar sabiamente y con cautivador estilo.

Aunque las señoras se han acostumbrado á tomar « el camino de la montaña sabia », se ha ofrecido al público en general por todas partes, otro género de enseñanza, el de las conferencias multiplicadas bajo todas formas desde el segundo Imperio. Hizo el primer ensayo Albert Le Roy, en 1852, en la sala de conferencias. En 1867, se abrió la sala de Capuchinas; muy pronto prodigaron las conferencias literarias, políticas, económicas, científicas, anecdóticas y humorísticas. Ballande en la Gaité, otros en el Odeón, en la Bodinière, en otros sitios y por último en todas partes (sabemos que hay aldeas que tienen hoy su « sociedad de conferencias »).

Todo el mundo toma parte en ellas, abogados, oficiales, profesores, diputados, cómicos y mujeres. El género tiene ya sus glorias, Legouvé y F. Sarcey, para no citar á los vivos que son la mayor parte jóvenes. El primero, ameno disertador y lector único en su género, fué y continuó hasta muy avanzada edad tan serio como elegante en las lecciones para las jóvenes. El segundo, crítico dramático del *Temps* de 1867 á 1899, fecha de su muerte, con su carácter jovial y amable, elevó su dogmatismo muy personal á la altura de un lirismo burgués.

Los grandes oradores sagrados no son numerosos en Francia en el siglo XIX, aunque la restauración del catolicismo, el movimiento literario del romanticismo y sobre todo una predicación admirablemente organizada han podido reavivar la elocuencia religiosa. Los grandes oradores son poco numerosos, pero los que merecen estima forman legión. El P. Lacordaire los domina á todos desde muy gran altura.

Antes de él, apenas se puede nombrar sino al abate de Frayssinous (1765-1841). Era capaz de restaurar el arte sagrado, pero poseía un gusto demasiado prudente y elegante para ser un evangelista ardiente.

En la época del gran dominicano, la Iglesia católica tuvo otros oradores que le conquistaron gloria y provecho: Deguerry, cura de la Magdalena, predicador elegante que murió fusilado por la Commune;

los padres jesuitas Combalot, Caussette, Matignan y Clair; los obispos Donnet, de Jerphanion, Sibour, Thibault, Pie, Parisis y Cœur, pero sobre todo el P. de Ravignan y Mons. Dupanloup: la oración fúnebre de Lamoricière, por el vehemente obispo de Orléans, es una obra maestra. En cuanto al P. Ravignan, magistrado antes de ser jesuita, hay que declarar, no teniendo en cuenta más que la acción ejercida por él sobre las almas, que tuvo más influencia que Lacordaire; pero las multitudes no comprendían suficientemente sus planes netamente trazados y sólidos y su lenguaje armonioso y tierno.

Lacordaire (1802-1861) fué un hombre animoso, leal, creyente y lleno de convicciones. En él todo fué simpatía, franqueza, poesía y encanto. Un contemporáneo refiere que, á la salida de sus sermones, se agolpaba la multitud en la sacristía; los hombres decían: « ¡ Ah! ¡ qué hermoso es! » Las mujeres exclamaban: « ¡ Ah! ¡ qué bueno es! » sin duda pensaban también: « ¡ Qué hermoso es! »

Porque lo era en efecto, con sus largos cabellos negros, sus ojos negros y ardientes orlados de largas pestañas negras, su rostro pálido, su frente escultórica, el porte soberano de su cabeza, su mirada como de iluminado y su aspecto de asceta y de apóstol. ¡ Y qué ardor! ¡ qué vigor! ¡ qué convicción! ¡ qué arte de persuadir, en sus sesiones famosas cuando predicó hacia 1845 sus conferencias en Nuestra Señora! La multitud tomaba la catedral por asalto. Cuando él predicaba había bulla. Cierta día, en la capilla del colegio Stanislas, Berryer tuvo que pasar por una ventana y quedarse agarrado á los barrotes por estar la puerta enteramente obstruída. Lacordaire obraba sobre la multitud por el fuego interior y la pasión de su inspiración. Su voz era maravillosa; al principio, débil y velada, iba enardecíendose, y llenaba la nave. No gritaba en los pasajes patéticos; por el contrario, bajaba el tono y sus más hermosos gritos los lanzaba á media voz, como una confidencia llena de ternura, con el cuerpo inclinado hacia delante y las manos febrilmente agarradas á la cátedra. Y, cuando había dicho la última palabra de la frase, volvía á enderezarse echando la cabeza hacia atrás; entonces, como en el mito antiguo en que ponían en relación la boca del orador, con los oídos que le escuchaban, cadenas de oro, el auditorio se levantaba á medias, se erguía insensiblemente, se ponía al fin de pie y resonaban bajo la bóveda asombrada, estrepitosos aplausos. Lacordaire recibía tan brillante inspiración de las cualidades de su corazón. He aquí como rehusó un obispado:

Imaginaos, dice, lo que debe ser la existencia de esos sacerdotes que no dicen una palabra, que no hacen un gesto sin tener fija la mirada en su ambición y en el cuidado de su carrera. No piensan más que en el presente, pero no en el porvenir. El más insignificante lego dominico es más feliz que ellos. El que sólo piensa en vivir un breve é imperceptible momento se parece á

un hombre que prefiriese comerse una pepita antes que plantar un árbol para su posteridad. Los aficionados á las pepitas son innumerables, desde los pájaros moscas hasta los que codician una mitra.

Se expresaba con esta franqueza y nitidez; no se andaba con paños calientes; lo atropellaba todo con rudeza y brutalidad: « No busquéis, decía, la dirección del río ó de las montañas: caminad derechos como el viento, como el rayo del que os envía, como las águilas. » Y así caminaba él. Se hubiera dejado matar antes que retroceder una pulgada. Cuando hubo restablecido la orden de los Dominicos, le aconsejaron, que no se pusiese, al volver de Roma, el hábito de dicha orden prohibido en Francia, y le dieron una sotana para que se la pusiese en caso de necesidad. Arrojó la sotana y apareció de nuevo altivamente en la cátedra de Nuestra Señora con el hábito blanco y la esclavina negra. Cierta día que pronunció en San Roch un sermón francamente liberal y reaccionario, declaraba: « No hace falta un ejército para contener mis palabras; basta un soldado; pero Dios ha depositado en mí, para defender su palabra y la verdad que la misma encierra, una fuerza que desafía á todos los imperios del mundo. » Era una roca y un volcán. Su elocuencia era explosiva. No escribía, improvisaba, hablaba sin preparación; se le había impuesto el visto bueno previo del arzobispo para sus discursos, pero no pudo someterse á él porque no podía escribir de antemano lo que había de decir. Pagaba esta rara facultad de improvisación incurriendo en licencias, lapsus é incoherencias de imágenes que en su boca se convertían en otros tantos efectos imprevistos. Cierta día evocó la extraña imagen de las viejas catedrales que lloraban en los funerales del catolicismo y que iban en procesión, de dos en dos, como ríos que van á perderse en el Océano. Esto es extravagante, pero dicho por él, producía un efecto intenso.

En otra ocasión acudió un oyente: « Padre mío, está muy bien, pero debo advertiros que habéis cometido tres faltas de francés. — ¡ Ma causáis gran admiración! — ¡ Oh! ¡ las he contado! — ¡ Es sorprendente! Siempre cometo una docena larga. ¿ Acaso iré declinando? »

Su éxito fué prodigioso. Las mujeres llevaban vestidos de una tela de cierto color verde, que se llamaba el verde Lacordaire, como en otro tiempo se habían puesto lunares á la Massillon. Lacordaire se imponía castigos por su éxito y se mortificaba. Había en la cripta de la capilla de los carmelitas, calle de Vaugirard, una gran cruz de madera en la que se hacía atar con cuerdas el Viernes Santo, y allí permanecía crucificado desde el medio día hasta las tres. ¿ Saben nuestros lectores que en la obra de Sainte-Beuve hay seis páginas que no son suyas, sino de Lacordaire? Por cierto que se hallan en un libro en donde no se le ocurriría á uno la idea de buscarlas. Es en la novela titulada *Volupté*. Sainte-Beuve quería informes acerca de la vida del seminario, y pidió

notas á Lacordaire. Éste las redactó con tanta elocuencia y encanto que Sainte-Beuve no cambió una palabra y las insertó simplemente en su relato. Forman todo el capítulo que empieza por las palabras: « Al entrar en el seminario... » He aquí una colaboración imprevista.

Lacordaire fué también periodista y figuró como uno de los corifeos del periódico *L'Avenir*. Se lanzó resueltamente á la política militante y la hizo entrar á torrentes en la elocuencia de la cátedra, en la que introdujo una revolución, suprimiendo el « texto » y los tres puntos tradicionales; se oían salir de sus labios en la cátedra palabras desconocidas: « El primer árbol de la libertad fué plantado por Dios en el paraíso terrenal. » Ó bien: « Deseo únicamente que sea Dios un ciudadano francés. » Lacordaire es en verdad una de las más maravillosas figuras del siglo pasado por el ardor de la pasión potente y por el vigor y el valor. Impone la estima. Sus conferencias en Nuestra Señora señalan una fecha en la historia. Hay sermones como el de la Pasión de Cristo, conferencias sobre la castidad, sobre al papel de la mujer, sobre la amistad y arrebatadas improvisaciones contra el materialismo; hay por último páginas sobre Isabel de Hungría y sobre la inmutabilidad de la doctrina católica que merecieron el elogio de Chateaubriand el cual declaraba no haber leído nada más bello en ninguna literatura. Después de él, los mejores oradores de la Iglesia de Francia se han sucedido en la cátedra de Nuestra Señora, y algunos pertenecientes á su propia congregación, han procurado naturalmente imitarle.

El carmelita P. Hyacinte (abate Loyson) que al fin abandonó el sacerdocio, tenía más ideas que inteligencia y sobre todo más que fuerza persuasiva, aunque muy enfático. El P. Monsabré, dominicano que ocupó largo tiempo la cátedra con su concienzuda labor, daba á entender demasiado á las claras que cumplía con un deber. Mons. d'Hulst expuso en ella la doctrina con erudición y gusto. Mons. Freppel, obispo y diputado, no fué en la cátedra menos picante y mordaz que en la tribuna. El cardenal Lavignerie será siempre popular por su hermoso gesto patriótico y su brindis del 12 de noviembre de 1890: « ¡ Á la Marina francesa! » Por último, el más moderno de todos y tal vez el primero después de Lacordaire por la analogía muy grande de sus facultades, es el P. Didon, dominicano también. Era un hombre singularmente dotado para la elocuencia pública: hermosa presencia, voz grave, ciencia variada, imaginación atrevida, voluntad recta, corazón amante y lenguaje claro y sonoro.

Pero dejemos la elocuencia para echar una mirada á los hombres políticos cuya lista ha agotado el estudio de los periodistas y oradores, y por último hacia los filósofos y los sabios.

II. — En el mundo político, todos los que hablan, escriben en gene-

ral, y tendría que empezar de nuevo la revista que acabo de hacer de los oradores haciendo desfilas otra vez á los escritores políticos. Citaré únicamente á aquellos cuyos libros han tenido especial resonancia. No insistiré en lo ya dicho acerca de José de Maistre, de Chateaubriand, de Lamartine, de Victor Hugo, de Edgard Quinet, de A. de Tocqueville, de Luis Blanc, de Prévost-Paradol, de Guizot, de Thiers y de Emile Ollivier.

Podemos evocar separadamente algunas figuras: Lamennais, nacido en Saint-Malo (1782-1834), soñó con un catolicismo democrático que se propuso poner enfrente de la monarquía burguesa y materialista; rompió con el papa y con los reyes y puso en la libertad la condición del orden social según el evangelio, cuyo espíritu socialista descubrió. Alternativamente sacerdote, secularizado y luego diputado, hizo de la caridad ardiente y á veces rebelada la unidad de su vida. Fundó el periódico *l'Avenir* con Montalembert y Lacordaire. En sus libros, *Ensayo sobre la indiferencia en materia de religión*, *Palabras de un creyente*, *Asuntos de Roma*, *Amschaspands y Darvands*, emplea un lirismo fogoso, lleno de color apasionado y potente, en el que alternan lo patético y lo fantástico. La frase es conmovedora y se ve iluminada por violentos relámpagos. Fué « el hijo de la tempestad », pero su agitación resultó estéril.

De Bonald (1754-1840), el teócrata, defendió con vigorosa dialéctica, pero demasiado á las claras sus ideas contra el siglo diez y ocho, contra los filósofos y el individualismo, y en favor de la sociedad basada en el poder intérprete de las voluntades divinas y sostenido por la fuerza.

Royer-Collard (1763-1845), en hermoso estilo, con verdadero dominio, claridad llena de precisión y razón fría, deseó una dinastía hereditaria, con dos Cámaras y enseñó á sus discípulos los doctrinarios su espiritualismo liberal de encargo. Remusat le alababa por haber « consignado por escrito la razón de nuestras leyes y fundado la filosofía de la Carta. »

Benjamín Constant de Rebecque¹ (1767-1830), de quien he hablado, fué por temperamento un hombre de oposición. Después de 1800, tuvo que abandonar á su patria dos veces á causa de sus opiniones políticas, primero bajo el Consulado, y después bajo Louis XVIII. Volvió en 1819, fué elegido diputado y puso al servicio de la causa liberal un verdadero talento de orador.

Su egoísmo de hombre vividor le sugirió su teoría interesada del individualismo á todo trance².

1. Obras: *Adolfo*, novela (1816); *Livre des cent et un*; *De la religion dans sa source, ses formes, ses développements*; *Waldstein*; *Journal intime*.

2. Últimamente se ha publicado su interesante *Correspondencia con Mad. de Récamier*. (N. del T.)

Paul-Louis Courier (1772-1823), oficial sin vocación, espíritu liberal y volteriano, sin elevación ni lirismo, fué el censor regocijado de las trabas municipales y no permitió que se impidiese bailar á los viñadores de Turena. El político ha desaparecido desde hace ya mucho tiempo; sólo queda el cuentista exquisito (*Una noche en Calabria*; *la Prisión de los aldeanos*), el helenista que tradujo de un modo admirable á Jenofonte y á Longo (*Daphnis y Chloe*); el pintor entretenido de las costumbres rústicas, el artista enamorado de las bellezas de Italia, de sus museos y de sus archivos, y el hombre en fin tan amable á ratos como gruñón cuando se queja.

Casimir Perier (1777-1832), oficial de ingenieros, banquero, diputado (1817), presidente de la Cámara (1830), presidente del Consejo (1831), hombre de energía, de recto sentido, de rudeza como de voluntad, luchó para aplastar el motín y « reservar á Francia la sangre de los franceses ». El duque Víctor de Broglie (1783-1870), yerno de la Sra. de Staël, tuvo lucidez, lógica rigurosa, sinceridad y reserva; muy frío, muy alejado del público, fué impopular y se consoló viviendo en la región de las ideas generales. Cormenin (1788-1868) aguijoneó con sus libelos á la monarquía de Julio. Berryer (1790-1868) defendió con brillo á Ney y á Camborne, á Chateaubriand y á Luis Bonaparte, y, según hemos visto, hizo resonar en la Cámara su voz conmovida y elocuente en nombre de los grandes principios.

Michel de Bourges (1768-1864), diputado en 1837, miembro de la Legislativa en 1849, expresó su pasión con gritos sonoros que no han dejado en sus libros sino un vago recuerdo de los efectos producidos. Por temor á la restauración de la monarquía, contribuyó sin saberlo al advenimiento del segundo Imperio, y se retiró lleno de pesadumbre. Dufaure (1798-1881), ministro muchas veces, fundó su ascendiente en la elocuencia, la lógica, la integridad de su vida, la rudeza y á veces la obstinación. Estableció con Thiers la tercera República. Julio Favre (1809-1880), abogado lionés, diputado, miembro del Gobierno de la Defensa nacional, senador, adversario del Imperio, defensor de Orsini, animado de un vago y sentimental misticismo, de elocuencia algo solemne, llegó al ápice del vigor en medio de la moderación. Montalembert (1810-1870), diputado durante casi toda su vida, tuvo entusiasmo, pasión y desempeñó un papel considerable en los destinos del país; combatía todos los resultados de la Revolución con aspereza y desprecio, mezclando la ironía con la injuria, y fué el leader de los conservadores. Falloux (1811-1886), diputado en 1848, ministro bajo el Imperio, fué el baluarte del partido católico y monárquico. Poseía un vigor impasible y un gran sentido de la oportunidad. Dió su nombre á la ley de 1850 sobre la libertad de enseñanza, que hizo votar Montalembert. Trabajó por devolver á la Iglesia lo que le había quitado la

Revolución. De Laboulaye (1814-1883), enamorado de la Constitución americana, quiso dar al liberalismo un tinte de moderada prudencia, cuya realización creyó posible por el Imperio liberal.

Sus obras, *Estudios morales y políticos, el Estado y sus límites, el Partido liberal* (el más importante) y *las Cartas políticas* revelan la agudeza y talento de un verdadero escritor. Ledru-Rollin (1817-1874), abogado, diputado, ministro del Interior en 1848, luchó, por cerrar el camino al Príncipe Presidente y salvar la República, con gran calor y elocuencia. Tuvo que sufrir la tiranía de la popularidad, pues decía: «¡Tengo que seguirlos, ya que soy su jefe!» Buffet (1818-1898) fué hombre vivamente apegado á los principios religiosos y conservadores; los mantuvo con nerviosa energía y con conocimiento profundo de las cuestiones de administración y de hacienda. El duque Alberto de Broglie (1821-1901) sirvió con acierto y distinción la causa conservadora. Ernest Picard (1821-1877) fué el campeón de las respuestas vivas en provecho de la República. Challemel-Lacour (1827-1896), profesor, periodista, embajador, ministro, académico y presidente del Senado, da en sus escritos y discursos la idea de un escritor puro y completo de forma esmerada, de ideas amplias y filosóficas. Boutmy (nacido en 1835) ha consagrado profundos estudios á las constituciones de Inglaterra y de América y fundado la Escuela libre de ciencias políticas.

Nombro únicamente á todos los que acabamos de saludar en la tribuna: á Rouher, ministro de Estado de 1863 á 1869, baluarte del Imperio; al honrado Odilon Barrot, hijo del convencional Andrés Barrot, que luchó contra Guizot, y fué en 1847 el promovedor de los banquetes reformistas; á Baroche, que después de una carrera agitada, permaneció fiel al imperio; á Gambetta (1838-1882), fogoso tribuno, gran patriota, que se dió á conocer en el proceso Delescluze en 1868 y desempeñó en la guerra de 1870-1871 un papel considerable y altamente honroso. Dotado de amplia inteligencia y de hermosa voluntad, pertenece á la política más que á la literatura. Obraba sobre la multitud por sus potentes dones de orador. Se vió desbordado por la ola popular que él desencadenó y no pudo contener. Los « ilotas ebrios » salieron de sus guaridas para arrojar á su mejor jefe, cuyas teorías políticas no han muerto con él.

Jules Ferry (1832-1895), diputado en 1869, miembro del Gobierno de la Defensa nacional, ministro, presidente del Consejo, ha unido su nombre á las reformas de la enseñanza pública (sobre todo primaria) y á nuestra política colonial. Sus discursos y sus escritos demuestran una gran elevación de alma y un sólido valor moral, así como una fe demasiado confiada en la razón y un sincero patriotismo.

Citaré aún á Waldeck-Rousseau, espíritu lleno de precisión y de elegancia no exenta de rigor; al Sr. de Mun, que ha puesto su palabra elegante y ardiente al servicio de la Iglesia, de los humildes y de la

tradición; á Alejandro Ribot, que posee un conocimiento extenso y profundo de todas las cuestiones que interesan á la vida pública, al mismo tiempo que el sentido de las situaciones y sabe decir en un momento dado lo que muchos desean que se diga ó escriba. De Freycinet, segundo de Gambetta, en 1870-1874, diputado, ministro, presidente del Consejo y académico, produce la impresión de un espíritu elevado, distinguido, ingenioso, hábil y fino. Agrupemos aún á Goblet, radical liberal, abundante y disertó; á Brisson, radical grave, solemne y sincero; á Clemenceau, demoleedor convertido en gobernante, hombre de espíritu elocuente, sin doctrina determinada; á Raymond Poincaré, inteligencia metódica y neta, sobria y severa, que penetra á fondo los asuntos que ha de tratar y los desarrolla con orden luminoso y vigoroso; á Léon Bourgeois, que posee un don fácil y abundante de palabra, puesto al servicio de las grandes cuestiones de la paz y del progreso social; á Jaurès, que es sobre todo, según hemos dicho, un orador que posee fuego, brillo, fuerza y dialéctica vibrante; defiende con convicción la utopía socialista de la felicidad futura igual para todos. Los Sres. Méline, Louis Barthou, Paul Deschanel, Leygues, Caillaux, Trouillot, Pichon, Doumergue, Cruppi, etc., aportan á la ciencia política el fruto de sus estudios, de su experiencia y de sus trabajos.

También se han mezclado en la política algunas mujeres: Louise Michel, Séverine y la Sra. Adam (Juliette Lambert) llena de vibrante patriotismo y versada en el estudio de la política extranjera.

* *

III. — Hay que señalar, aunque pertenecen, más que á la literatura, á la historia de las ideas y de la sociedad, á los reformadores.

El conde Henri de Saint-Simon (1760-1825), descendiente del gran Saint-Simon, él de las *Memorias*, y hasta, según decía él, de Carlomagno, viajó se metió en especulaciones, estudió, acumuló libros y materiales, predicó el trabajo, anatematizó « al propietario ocioso », quiso reorganizar la *Sociedad europea* (Agustín Thierry le ayudó en su juventud), mejorar la suerte de la humanidad, asociar á los trabajadores, rehacer la propiedad, la familia y la religión. Intentó matarse pero no lo consiguió. Volvió á la vida para escribir el *Catecismo de los Industriales* (1824), y no vivió lo suficiente para asistir á la aplicación de sus teorías socialistas por los saint-simonianos Enfantin, Bazard (fundador de el *Carbonarismo*), Olinde Rodrigues, Augusto Comte, Armand Carrel, Blanqui, Pierre Leroux, Jean Reynaud, Buchez, Emile Péréire, con la famosa divisa: « Á cada uno según su capacidad y á cada capacidad según sus obras. » Toda esta agitación vino á parar en manifestaciones extrañas, en cortejos que divertían á París, en la